UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Discurso Preliminar.

urn:nbn:de:hbz:466:1-48459

Visual Library

DISCURSO PRELIMINAR.

Comunmente se cree que la literatura de un reinado describe con mayor fidelidad el modo de discurrir de las personas que vivieron bajo la dominacion de tal ó cual monarca. Esto no es engaño de los que el vulgo fabrica en la ignorancia y de los que el consentimiento de los doctos autoriza. Tiene sin embargo esta proposicion casos en que no se cumple del todo en los hechos. Cuantos vieren el número inmenso de novelas de caballerías y de pastores, escritas en el siglo décimo sesto, imaginarán que los españoles de aquel tiempo doctrinados en la incesante lectura de esos libros, fueron ó socorredores de la inocencia oprimida ó gente de costumbres sencillas y bondadosas, fáciles á la compasion y al ruego, y enemigos de espectáculos inhumanos. Pero, si recuerdan que los autores de libros caballerescos, y los que se recreaban en su leccion asistian á autos de fé, sin que ninguno imitase á los Amadises y Esplandianes en esto de socorrer contra malignos encantadores, representados en los jueces del santo oficio, á las doncellas y caballeros, oprimidos por sus traidoras artes; y si al propio tiempo traen tambien á la memoria que los Licios, los Delios, y los pastores de Filidas, amadores tan dulces y cuitados, acudian muy gustosos á presenciar la quema de los perros judios ó luteranos, asemejándose en ferocidad á los salvajes del Canadá, vendrán á inferir que la literatura de un siglo no es la guia mas fiel y segura para retratarlo, ó para conocerlo.

Esto mismo se puede decir, y con igual razon, acerca de los autores y de sus libros. Cervantes, por ejemplo, vió que los de andantes caballerías solo enseñaban necedades y cosas increibles, y en su Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha ridiculizó los desatinos que en ellos se leian. Pero este autor que censuraba por inverosímiles los libros caballerescos; escribia otros pastoriles, semejantes á los censurados, ya que no en los sugetos, á lo menos en las necedades y en las aventuras increibles.

En el siglo xvi se componian Palmerines de Oliva, Palmerines de Inglaterra, Celidones de Iberia y otras novelas de caballerías. En ese mismo tiempo salian á luz la Diana de Jorge de Montemayor, la segunda parte de Alonso Perez, la misma de Gaspar Gil Polo, y algunos años despues, la tercera, muy poco conocida, de un tal Gerónimo de Tejeda. *La Constante Amarilis*, *el Pastor de Filida*, *la Fortuna de Amor* y otra turba multa de novelas pastoriles siguieron á las Dianas: libros que quisieron competir con el *Aminta* del Tasso y el *Pastor Fido* de Guarini; pero que asi como no se asemejan á estos en lo dramático de la accion, en mérito literario quedaron muy detras de sus modelos.

Reducianse pues en el siglo décimo sesto los libros de entretenimiento á dos clases, los unos trataban de caballerías, los otros de aventuras pastoriles: ambos eran inverosímiles: pero el mayor ingenio, el mayor atractivo, y la mayor recreacion, en medio de sus estravagancias, se hallan aun en los primeros.

UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Con mas agrado se lee hoy un libro de andantes caballerías, que la mejor novela pastoril, inclusa la Diana de Gil Polo, la cual para alcanzar ventaja en competencia cuenta con sus lindísimos versos y con su dulce estilo.

Miguel de Cervantes se dejó arrastrar de las corrientes del gusto de su siglo, y para ello escribió una novela al uso, prefiriendo mas imitar las amorosas cuitas de la Diana de Montemayor que las arriesgadas aventuras de Amadis de Gaula.

Si Cervantes en vez de la *Galatea* hubiera escrito un libro de caballerías: y en lugar del Quijote una sátira contra las novelas pastoriles, quizá sus obras hubieran tenido el mismo valor literario que las citadas. El libro caballeresco seria igual en mérito á la *Galatea*, y la burla de los amorosos cuentos de pastores semejante en la invencion y en los donaires al *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Pero el pensamiento de escribir un libro contra los *Caballeros del Febo* y los *Felixmartes de Hircania* ¿fue enteramente original de Cervantes? ¿Este autor, sin otro estímulo mas que su aficion á componer obras de apacible entretenimiento se determinó dedicar su ingenio y su pluma á desterrar del mundo las novelas caballerescas?

Bien sé que á estas preguntas nada responden los historiógrafos y los comentadores de Cervantes; pero yo creo satisfacer la curiosidad pública, si bien temo que muchos calificarán de presuncion ó de osadía, mi propósito de adivinar los pensamientos de un tan grande autor como Cervantes, y dos siglos y medio despues de su existencia.

El primer libro que se escribió con el intento de desterrar la lectura de los *Amadises* fue el intitulado *Caballeria Celestial* obra de Hierónimo de San Pedro. La segunda parte de esta obra que tengo presente salió á luz en Valencia el año de 1554. El héroe de este libro es Jesucristo á quien convierte el autor en un caballero andante, llamado del Leu. Por estas y otras sandeces, en ofensa de la religion cristiana la *Cavalleria celestial* fue prohibida rigorosamente por el santo oficio, segun se prueba por los primeros índices espurgatorios.

Antes de publicarse el *Quijote* salió á luz en 1598 una obra intitulada *Crónica é historia general del hombre*, escrita por Juan Sanchez Valdés de la Plata. En su prólogo se dice: «Viendo yo benignísimo y discreto lector que los mancebos y donzellas y aun los varones ya en edad y estado, gastan su tiempo en leer libros de vanidades enerboladas.... y blasones de cavallerias de Amadises y »Esplandianes con todos los de su vando, de los quales no sacan otro provecho ni otra doctrina, »sino hazer hábito en sus pensamientos de mentiras... y siendo tan grande la aficion que tengo á los »que leen y se quieren aprovechar de las escrituras, y tanta que ha bastado á ponerme en cuidado »de hazer esta obra..... con la qual *quizá los aficionaré á leer en ella, y en los autores que en ella »alego, y los apartaré de leer tan grandes vanidades y mentiras como en los libros sobredichos hay.*»

Creo que la lectura de esta obra engendró en Cervantes el deseo de escribir el *Quijote*. Juan Sanchez Valdés de la Plata fue un médico natural de Ciudad Real, que floreció en la mitad del siglo décimo sesto. Su *Crónica é historia general del hombre* no se publicó en su vida, sino muchos años despues de su muerte, y á espensas de su viuda doña Ana Flores de Villamayor y de su hijo Luis Sanchez, abogado tambien en Ciudad Real. Cervantes estuvo preso en la Mancha, segun refieren sus historiógrafos, el año de 1589. Nada de inverosímil tiene, pues, la conjetura, de que este autor, estando en prisiones, leyó un libro recien impreso en Madrid y obra de un médico manchego, famoso en su patria. Desde luego se puede afirmar que la *Crónica é historia general del hombre* no seria del agrado de Cervantes; pues aunque en ella hay cosas de mucha erudicion y doctrina, tambien se encierran patrañas y desatinos. Creo, pues, que el manco de Lepanto con la lectura de la obra de Juan Sanchez Valdés de la Plata, se determinó á escribir, siguiendo el mismo propósito, un libro; pero no ajustándose á la gravedad de cosas científicas, sino dando suelta rienda á los donaires con los cuales mas fácilmente se atrae la atencion de los hombres.

Y ser muy verosímiles estas mis conjeturas se prueba por un dicho de Cervantes en que no han tropezado sin duda alguna Pellicer, Arrieta y Clemencin. Al fenecer la primera parte del *Ingenioso hidalgo*, se leen estas palabras que se refieren á don Quijote. «Ni de su fin ni acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzára ni supiera, si la buena suerte no le deparára UN ANTIGUO MÉDICO que tenia en su poder una caja de plomo.»

Me parece que en este embozado pensamiento confirma Cervantes lo que he dicho de haber inventado el libro de don Quijote á causa de la lectura de la *Crónica del hombre*, escrita por Juan Sanchez Valdés, *antiguo médico manchego*.

Aun hay mas en el asunto. Yo creo firmemente que Cervantes, á mas de ser incitado por el libro de Sanchez Valdés á componer una sátira contra las novelas caballerescas, quiso retratar á uno de los muchos hidalgos que vivian en su tiempo, incesantes lectores de las fingidas hazañerías de los Amadises, y Palmerines, y residentes en los lugares y aldeas de España, lejos de la córte. Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo, en una obra intitulada *Estafeta del Dios Momo* (Madrid—1627), la cual no es otra cosa que una coleccion de cartas burlescas, donde se ven retratados los caractéres estravagantes y ridículos que en aquella edad existian, pone una dirigida á *Paladio, pobre y desvanecido hidalgo, residente en una aldea, continuo cazador de liebres, y gran lector de libros de caballerías:* cualidades todas que pertenecen á las puestas por Cervantes en

UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

la persona del fabuloso don Quijote. La carta de Salas Barbadillo, comienza así: = «Aprende »vuesa merced, señor Paladio, en don Belianis de Grecia á romper lanzas, y es tan mal agüero »para sus calzas, que ellas andan siempre rotas, y hasta ahora ninguna lanza ha roto. Acúsanle »los villanos de su aldea de muy mentiroso; y yo le disculpo porque aprende á mentir en dos es»cuelas. La una es la caza, inventiva de fábulas y sueños: la otra la contínua leccion de esos libros »caballerescos y andantes. De dia hecho capitan de sus galgos, mata liebres cobardes y fugitivas: »de noche, leyendo libros fantásticos, ve muertes de ferocísimos gigantes..... Notable familia es »la vuestra: un mozo, un rocin y dos galgos.»

Ahora bien: cuando Alonso de Salas Barbadillo, uno de los mas discretos novelistas del siglo XVII incluia entre los retratos de personas estravagantes, que vivian en aquellos tiempos, á un hidalgo mezquino, tan cazador y tan devoto de los libros caballerescos como el héroe de la Mancha, es cosa indudable que Cervantes llevó por norte en su empresa burlarse de tales hombres para mezclar con las locuras de don Quijote las muchas que en ese y otro género cometia la mayor parte de sus contemporáneos.

Porque desde tiempos muy antiguos estaban las imaginaciones españolas turbadas con la lectura de los libros de andantes caballerias; para la cual los legisladores incitaban los ánimos de los hidalgos y donzeles, diciendo que *así como en tiempo de guerra aprendiesen fecho de armas por vista é por prueba, que otrosí en tiempo de paz lo aprendiesen por oida ó por entendimiento... E aun sin todo esto facian mas, que no consentian que los juglares dixesen ante ellos otras cánticas sinon de guerra ó que fablasen de fecho de armas..... E esto era porque leyéndolas les creciesen los corazones.* Esto se lee en las leyes de la Partida Segunda, ordenadas por don Alonso el Sábio, rey digno de mejor fortuna y de mas dilatado imperio.

Don Alonso encarecia las virtudes que debian practicar los buenos y honrados caballeros para ser tenidos por personas de alta guisa y acabar temerarias empresas memorables en honra de su patria y en pró del género humano. Y hasta encomendaba el sábio rey á los amadores que trajesen en la memoria el recuerdo de sus amadas en los trances de mayor peligro para acrecentar el valor en el corazon y el esfuerzo en el brazo.

Cuando la legislacion española enseñaba estas cosas ¿qué estraño es que la lectura de los libros caballerescos, autorizados por la doctrina de aquel ilustre monarca, turbase tanto los entendimientos que cada hidalgo quisiese tener por modelo las proezas de Amadis de Gaula?

La caballería andante en la parte realizable existia aun en España cuando Cervantes se determinó á escribir su don Quijote en satírica oposicion de los libros de don Belianis de Grecia y don Policisne de Beocia. Por eso en el *Ingenioso hidalgo* se propuso, no solo destruir la lectura de tales obras, sino tambien los daños que ocasionaban en los ánimos, exaltados por pensamientos que lisonjeaban el orgullo, encendian en los corazones un falso pundonor, y arrastraban á los hombres al estremo de buscar la venganza de leves ó imaginadas ofensas en la propia muerte ó en el esterminio ageno.

No fueron locuras, inventadas por los autores de Palmerin de Oliva y de Tirante el Blanco, las hazañas del caballero sevillano Manuel de Leon, sino realidades, hijas de las costumbres y de la manera de pensar usada en el siglo XVI. Un escritor su contemporáneo, decia hablando de Leon: «Don Manuel en tiempo de nuestros padres, *ó por mejor dezir en el nuestro*, pasó en Africa á »buscar ocasiones de alabanza y fama; y puso carteles, *como es costumbre* por toda Mauritania, »desafiando á cualquiera valiente hombre que quisiese combatir con él uno á uno. Y como á esta »fama y contienda viniesen de quasi de toda Africa muchos valentísimos hombres al lugar deter»minado para el combate, venció y mató siete de ellos; porque los demas viendo el manifiesto pe»ligro y certidumbre de la muerte no osaron combatir; y tornó en España con grandísima alabanza, »trayendo en triunfo las cabezas de los siete: *las quales yo en Sevilla siendo mochacho vi.*»

El autor que tal escribia llamábase Juan Gines de Sepúlveda y era cronista del emperador Cárlos V. Y la obra en que tal decia se intitulaba *Diálogo llamado Demócrates* (Sevilla 1540).

Así los caballeros españoles pretendian asemejarse á los Amadises y Esplandianes en poner á riesgo la vida por el vano deseo de ser tenidos por héroes. El mismo Gines de Sepúlveda nos da en el citado libro otros ejemplos de soldados é hidalgos que prefirieron una segura muerte á ratificar con las palabras su propio vencimiento. Dos soldados españoles, llamados Espinosa y Guzman, combatieron uno con otro en presencia de la mayor parte del ejército que hacia la guerra en Italia por el emperador Cárlos V. Guzman fue derribado en tierra por su contrario; y al acercarse este poniéndole la punta de la espada cerca del rostro y demandándole que se confesase vencido, negóse á ello con arrogancia necia, y antepuso un infundado pundonor á la vida. Otro tanto aconteció al coronel Santa Cruz con su victorioso enemigo Azevedo en Ferrara y á presencia de muchos caballeros.

Antes, y aun siglo y medio despues de escribir Cervantes el *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, eran los caballeros españoles unos desfacedores de agravios, que á toda hora sacaban las espadas, no siempre en propia defensa sino con el fin de pelear por la dama ó por venganza de una mala palabra. Don Gerónimo de Urrea en su *Diálogo de la verdadera honra militar* (Venecia 1566) obra escrita contra las leyes del duelo, decia: «¿Por qué nosotros..... consentimos tener

UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

»menos gentileza de caballeria y modestia con los amigos, *dando que reir á las naciones estranjeras »nuestra poca paciencia y cordura*, viéndonos injuriar el uno al otro y menospreciar y por ligeras »cosas salir al inhumano combate del duelo bárbaro, sin caridad, sin ley y verdad?»

Aun los desafios á caballo, armados de todas armas los combatientes, á guisa de los caballeros andantes, eran usados en el reinado del Tiberio español Felipe II, como consta del testimonio del capitan Pedro de Aguilar, autor de un tratado de *la Caballeria á la gineta* (Sevilla 1572) *obra que contiene diversos avisos y documentos y otras muchas reglas útiles y necesarias asi para lo que toca á la doctrina y enfrenamiento de los caballos, como para la perfeccion y destreza que en esta facultad conviene que tengan en cosas de paz y de guerra los caballeros.* Hablando, pues, el dicho Aguilar acerca del órden y la manera que han de tener dos caballeros para combatir á caballo, dice lo siguiente: «Las armas con que mas propia y seguramente se puede pelear en este género de ba»talla son un peto y un espaldar y una gola y una falda que esté abierta por detras y por delante, »y unas mangas de malla con sus manoplas y unos quijotes si fueren necesarios; y un capacete de »pico de gorro y su lanza y adarga y espada y daga.»

De esto se infiere que las costumbres de los caballeros andantes, descritas en las novelas, no eran hijas de la invencion de los autores de tales obras, sino retratos de lo que pasaba en el siglo XVI, hechos con alguna exageracion y adornados con las galas de floridos ingenios.

El doctor Vicencio Blasco de Lanuza en sus *Historias eclesiásticas y seculares de Aragon* (Zaragoza 1622) nos habla de un famosisimo torneo de á caballo, fiesta celebrada en tan insigne ciudad el 21 de setiembre del año de 1599, observando todas las formas que para casos semejantes se prevenian en los libros caballerescos.

Mucho tiempo despues de haber compuesto Cervantes la primera parte del Quijote, acaecieron en España sucesos dignos de estar entre las aventuras de Amadis de Gaula. En 12 de octubre de 1614 se celebraron en Zaragoza fiestas y torneos en celebridad de la beatificacion de Santa Teresa de Jesus; y en 26 de julio de 1622 se hicieron otros para solemnizar con tales regocijos la canonizacion de la misma santa. El señor de Quinto, encubierto con el nombre del *caballero de Avila*, salió de esta ciudad y fué á Zaragoza á demandar licencia al virey para defender en campo abierto la santidad de Teresa. A combatir el intento del señor de Quinto vinieron de Francia varios caballeros, y para apadrinar al mantenedor se presentaron muchos de la nobleza del reino aragones. Don Diego Clemencin en sus comentarios al Quijote asegura que ninguna descripcion se conserva de las fiestas y torneos celebrados en Zaragoza. Sin embargo, existe una con este título.— «*El cavallero de Avila por la santa madre Teresa de Jesus en fiestas y torneos de la imperial ciudad de Zaragoza, poema heróico por Juan Bautieta Felices.*» (Zaragoza 1623.)

Y aun muchos años despues vió España un lance caballeresco, digno de Palmerin de Inglaterra. Cuando se alzó el reino de Portugal contra España, el duque de Braganza, rey coronado de la nacion que recuperaba su independencia, celebró con grandes fiestas y luminarias en Lisboa el hecho de haberse rebelado contra Felipe IV el capitan general de Andalucia duque de Medinasidonia, hermano de la esposa del nuevo monarca. Cuando llegaron las nuevas de este suceso al duque de Medinasidonia, el cual tenia su córte en Sanlúcar de Barrameda, no pudo menos de indignarse contra el autor de falsedad tan notoria, y asi recordando los hechos de los andantes caballeros, mandó imprimir carteles en que desafiaba á su cuñado el de Braganza á pelear cuerpo á cuerpo en Valencia de Alcántara, donde ofrecia esperarlo por término de ochenta dias contados desde el 1.° de octubre hasta el 19 de diciembre de 1641. Y para él caso de que el duque rey de Portugal no aceptase el duelo, ofrecia al que matase á su hermano político la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, y al gobernador, cabo ó alcaide portugues que entregase á Felipe IV alguna plaza del sublevado reino, el mejor de los lugares de su estado.

El duque de Braganza se burló de tales frases y amenazas, y sin duda para sus adentros remitió á su cuñado al libro de *don Quijote*, donde podria hallar disculpas para no aceptar el estravagante duelo. El se era rey á despecho del de España, y siguió siéndolo no obstante la jactanciosa promesa que hizo el duque de Medinasidonia, de regalar la ciudad de Sanlúcar de Barrameda al honrado caballero que arrebatase la existencia al soberano portugues.

Cervantes, aunque no pudo imaginar que el duque de Braganza se alzase rey de Lusitania, y que su cuñado el de Medinasidonia lo desafiase con carteles y esperándole nada menos que ochenta dias, todo á semejanza de las aventuras de los Belianis y de los Esplandianes, ya habia visto y oido en su tiempo lances iguales entre personas de nobleza y virtudes. Por eso en el *Quijote*, no solo se burló de los libros caballerescos, autores de esos desatinos, sino tambien de los hechos, imitados por sus contemporáneos, con risa de los estraños, asombro de los propios, y con estrago de la verdad y de la justicia.

Es cierto que Cervantes siempre dice en el *Quijote* que su libro solo se dirige á desterrar del mundo la vanísima leccion de las novelas caballerescas; pero tambien deja traslucir en varios lugares de su obra inmortal que á mas alto punto lanzaba sus tiros, acabando en confesar al fenecer la segunda parte del *Ingenioso hidalgo* que *para hacer burla de tantas hazañas como hicieron tantos andantes caballeros bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de aquel reino.*

UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Alborotáronse los contemporáneos de Cervantes con la historia de *don Quijote*, casi todos los doctos no comprendieron el valor de sus sátiras. El vulgo lo recibió con agrado, conociendo en él tan solo el mérito de los donaires. La reputacion del manco de Lepanto, como autor de una obra inmortal, autorizada por el comun sentir de los sábios, no fue grande en España hasta que los estranjeros nos enseñaron la mucha doctrina que atesoraba el Quijote, en cuyas páginas veian los ociosos y los entendimientos vulgares una obra de festiva recreacion, y los eruditos un libro mas de entretenimiento.

Raro es el elogio de Cervantes, hecho por algun escritor notable del siglo XVII, en tanto que las censuras que se conservan, maravillan á los que las leen, no solo por la crueldad de la sátira, como por el número de ellas.

Las burlas contra el autor de don Quijote escritas por el Padre Fray Hortensio Paravicino, por Vicente Espinel, por Cristóbal Suarez de Figueroa y por Estéban Manuel de Villegas, moderno Anacreonte, son muy conocidas, pues Pellicer y Navarrete dieron al público español nuevos trasiados de los rasgos de la envidia, ó del error de estos doctos contemporáneos de Cervantes. Aunque esta cita me escusaria de hablar mas en la materia, creo que no me desviaré de la razon al trasmitir á los lectores de este discurso preliminar algunas muestras del ódio con que miraban á Cervantes y á sus escritos los literatos de aquel siglo. Don Juan Valladares de Valdelomar, clérigo de la ciudad de Córdoba escribió en 1617 una novela religiosa, intitulada *El Cavallero venturoso, con sus estrañas aventuras y prodigiosos trances, adversos y prósperos* (1.ª parte). Esta obra no logró los honores de la estampa, aunque para ellos ya tenia las aprobaciones necesarias entonces, segun consta del original MS. que posee mi escelente amigo el sábio orientalista, y profundo erudito en la literatura europea, don Pascual de Gayangos.

El tal Valladares de Valdelomar quiso con esta novela religiosa desterrar de España la lectura de las pastoriles, caballerescas, galantes, y de pícaros. Por eso en su prólogo dirige destempladas razones contra toda suerte de libros de entretenimiento, ya fueran lascivos, ya honestos, ya inverosímiles, ya ajustados á la razon y á la cordura. De esta suerte manifiesta su sentir en la materia. «Hallarás, pues, que (como autor sacerdote y solitario) no te pongo aquí ficciones de *la Selva de »Aventuras*, no las batallas fingidas del *cavallero del Febo*, no sátiras y cautelas del agradable »*Pícaro:* no los amores de la pérfida *Celestina* y sus embustes, tizones del infierno: *ni menos las »ridículas y disparatadas fisgas de don Quijote de la Mancha, que mayor la deja en los ánimos de »los que la leen con el perdimiento de tiempo.*»

Tales panegíricos recibia de sus contemporáneos el *Quijote*, para luego ser elevado nada menos que á epopeya por don Vicente de los Rios en un estravagante discurso puesto al frente de las ediciones del *Ingenioso hidalgo* hechas por la Real Academia Española.

Y no pararon en llamar ridículas y disparatadas á las burlas contenidas en el *Quijote*, algunos eruditos de aquel siglo. Un Juan Gallo de Andrade, secretario de cámara del rey y de los que residian en el Consejo, se atrevió á calificar de *Momo* á Cervantes: voz que significaba entonces hombre mal acondicionado, *mofador y maldiciente*.

No hay sin duda persona de las que han leido el Quijote que no recuerde aquella finísima burla, que hace Cervantes, de los que ponian al principio ó fin de los libros un catálogo de los autores citados en ellos *por las letras del A. B. C. comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte*. Pues bien, el licenciado Juan Gallo de Andrade en algunas advertencias que añadió al catálogo de los autores que se nombran en los *Proverbios morales* del maestro Bartolomé Ximenez Paton (Baeza 1615) decia:

«*Algunos tienen semejantes catálogos por ociosos y dicen que es vana ostentacion por no ser de »importancia y es que no saben el fin con que los autores los hacen*, y así me pareció conveniente ad»vertirlo. Hacen este catálogo los autores, porque ora en el contesto de la escritura, ora en la már»gen, pocas veces sucede escribir los nombres de los que se citan, enteros, sino con las primeras »letras dellos..... Y para que tengan donde puedan leerlos enteros, se les pone este índice. *Con »esto se entenderá como en este libro y en otros no es ostentacion vana de comenzar en Avicena y aca»bar en Xenofonte, como algunos momos suelen murmurar.*»

Fácilmente se comprende que en todo el pasaje aquí acopiado, del cual ninguna memoria hacen los comentadores de Cervantes, no se llevó mas fin el licenciado Andrade que zaherir á este esclarecido ingenio, puesto que en la primera parte del Quijote se habia burlado de todos aquellos que solian poner al principio ó al fin de sus libros el catálogo de los autores que citaban.

Cervantes esperimentó toda la injusticia con que á los hombres insignes casi siempre tratan sus contemporáneos. Hasta no faltó quien escribiese una segunda parte de su obra; pero no rindiendo al autor de la primera las bien merecidas alabanzas, sino desatando un torrente de denuestos contra la misma persona, cuyo ingenio y cuya invencion pretendia imitar en los hechos, aunque en las palabras, hijas de una loca arrogancia, de una envidia, ó de unos deseos de venganza no satisfecha, quisiese dar á entender que era malo, ó mejor dicho abominable, aquello mismo que proseguia.

El autor que se encubrió con el nombre del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda para publicar en Tarragona el año de 1614 el *Segundo tomo del Ingenioso hidalgo don Quijote de la*

UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras: fue uno de los mas crueles censores de Cervantes.

Clemencin sospechaba que el tal Fernandez de Avellaneda tenia por verdadero apellido el de Blanco de Paz, fraile enemigo del autor de la primera parte del Quijote.

Todos los historiógrafos de Cervantes y comentadores de este libro, afirman unánimente que Alonso Fernandez de Avellaneda debió ser fraile del órden de predicadores, y aragones; pues asi lo dijo su célebre adversario.

Un antiguo literato residente hoy en Cádiz, grande amigo del ilustre aleman Juan Nicolas Bolh de Faber, y editor de los *entremeses* de Cervantes en 1814, mil veces me ha comunicado sus sospechas de que fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III y dominico aragones, quizá pudo ser el autor de la segunda parte del Quijote escrita por el que se decia Alonso Fernandez de Avellaneda.

Fundada su opinion en la semejanza de estilos que hay en esta obra y en *la Venganza de la lengua española contra el autor de cuento de cuentos* por don Juan Alonso Laureles, *aragones liso y llano y castellano revuelto*. Es cierto que parecen escritos de un mismo autor en alguno que otro pasaje y sobre todo en lo de denostar furiosamente al autor adversario. Si en la *Segunda parte del Quijote*, Cervantes recibió tales injurias, en la *venganza de la lengua castellana*, Quevedo no quedó menos mal parado.

Estas sospechas fueron publicadas por mi en mi libro *El conde-duque de Olivares* y *el rey Felipe IV* (Cádiz — 1846) y repetidas en el prólogo de las dos primeras ediciones del *Buscapié*.

Sin embargo, he hecho nuevas averiguaciones para descubrir el nombre del fingido Avellaneda; y aunque parezca como que me divierto del asunto principal, con todo eso voy á trasmitirlas á la curiosidad de los lectores de este discurso.

Contemporáneo del *Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda* hubo un escritor llamado *Alonso Fernandez*.

El Avellaneda, segun las apariencias, era fraile dominico: lo mismo que el Fernandez verdadero.

El autor de la *Segunda parte del Quijote*, por las largas descripciones que hace de Toledo, parece que residió en esta ciudad algunos años.

Fray Alonso Fernandez publicó en Toledo su *historia eclesiástica* (1611). La dedicatoria al príncipe don Felipe IV está hecha en el convento de San Pedro Mártir de Toledo.

Avellaneda se manifestó en toda la segunda parte del Quijote hombre muy devoto de la vírgen del Rosario, segun se prueba de los lugares siguientes de su obra.

«Cap. III. Siendo mi tio Diego Alonso, *mayordomo del Rosario*, me hizo á mi repartidor del »pan y queso de la cofradia.»

«Cap. V. Aun juro que el dia de la *procesion del Rosario* se la habemos de poner en la cabeza »al señor cura.»

«Cap. VIII. Tenemos una iglesia que aunque es chica tiene muy lindo altar mayor y otro de »*nuestra Señora del Rosario*.»

«Cap. XXI. En confirmacion del *santo uso y devocion del Rosario*, protesto ser toda mi vida... »*muy devoto de su santa cofradia*.»

«Cap. XXIII. Solo en el *retablo del Rosario* hay un tablon de la resurreccion, donde hay unos »judiazos despavoridos.»

«Cap. XXXV. Tengo un tio en el Toboso que hogaño es ya segunda vez *magordomo del Ro*»*sario*.»

Pues bien, Alonso Fernandez era tan devoto de venerar á Maria, bajo esta advocacion, que escribió un *Manual de devocion y ejercicios del Rosario* (Madrid — 1626).

Aun hay mas semejanzas entre los dos Alonsos Fernandez.

El Avellaneda ocupa seis capitulos del Quijote en referir la *historia de dos milagros* hechos por intercesion de la vírgen del Rosario.

Y Fray Alonso escribió un libro intitulado *Historia de la devocion del Rosario desde su origen confirmada con milagros* (Madrid — 1613).

Esto me da derecho para creer que quizá el fray Alonso Fernandez fue el fingido Avellaneda. Porque las semejanzas en el nombre, en la residencia y en las inclinaciones tienen algun valor ante las sospechas de los eruditos.

Con solo variar el *fray* en *licenciado* y añadir al *Fernandez* el apellido de *Avellaneda*, pudo muy bien el autor de la segunda parte del Quijote declarar su nombre á los curiosos, sin decirlo terminantemente. Pero en mis conjeturas hallo una cosa que me hace no afirmar del todo mi opinion en la materia.

Cervantes llama aragones á Avellaneda, y fray Alonso Fernandez fue palentino. Mas esto no me parece suficiente prueba para desvanecer mis argumentos. ¿Quién sabe si Cervantes se guió por falsas noticias ó conjeturas infundadas? ¿No afirmó tambien que el autor *tordesillesco* le parecia aragones *porque tal vez escribe sin artículos*?

Esto de escribir de cuando en cuando sin artículos un literato del primer tercio del siglo XVII

era cosa algo comun, no solo entre aragoneses, sino entre los mismos castellanos. Mateo Aleman en su *ortografía* (Méjico — 1609) se querellaba de la aficion que habia entre muchos de sus contemporáneos á escribir usando poco los artículos. «Agora de pocos años á esta parte dizen los »papelistas cortesanos *Castillavieja*. No sé qué fundamento ayan tenido para ello: salvo si quieren »imitar á los latinos y no lo aciertan.» Así manifestaba su sentir en la materia el ilustre autor del *Pícaro Guzman de Alfarache*.

Pero llámese el fingido Avellaneda fray Juan Blanco de Paz, ó fray Luis de Aliaga ó fray Alonso Fernandez, no cabe duda en que fue uno de los mas crueles adversarios de Cervantes.

Desde luego afirmó que los hechos de don Quijote estaban *en humilde idioma escritos;* y aunque dijo: «como es verdad y no lo puedo negar por do quiera que he pasado, no se trata ni se habla de »otra cosa en las plazas, templos, calles, hornos, tabernas y caballerizas sino de don Quijote de »la Mancha,» con todo eso en otro lugar de su libro pone las siguientes palabras en boca de su héroe y dirigidas al fiel escudero Sancho Panza. «Quitate allá, animalazo..... ¿qué has de contar »que sea de consideracion? Saldriasnos á moler con alguna frialdad á mí y á estos señores, como »me moliste en el bosque en que encontré con aquellos seis valerosos gigantes en figura de bata»nes con la *necia historia* de Lope Ruiz, cabrerizo extremeño y de su pastora Torralba vagamunda.» A lo cual replica el mismo Avellaneda por medio de Sancho Panza: «Malillo, pues, era el »cuento.... y á fé que me huelgo que á vuesa merced se le acuerden tambien las circunstancias »para que por ellas y las del que agora referiré, si me dan grato silencio todos, *conozca la diferen»cia que hay del uno al otro*.»

Con esta arrogancia hablaba de sí y de Cervantes el fingido Avellaneda. Pero su libro, á pesar de todo, es muy inferior al Quijote de Cide Hamete Benengeli. La posteridad ha juzgado ya á ambos autores, pero la calificacion hecha de uno y otro libro ¿merece ser refutada en alguna parte? Yo creo que sí. Al formar el juicio acerca del *Quijote* de Avellaneda, la pasion por Cervantes, y el cariño que engendran en los ánimos de los lectores las páginas del *Ingenioso Hidalgo*, han servido de consejeros, y de consejeros recusables. La posteridad ha hecho causa comun con Cervantes, y ha querido vengar en el libro de Avellaneda los denuestos y los sinsabores que este hizo sufrir al ilustre manco de Lepanto. ¡Terrible castigo que las generaciones han impuesto al que consideran como sacrílego, no por haber quemado el templo de Diana á similitud de Herostrato, sino por su pretension de mancillar la buena memoria de Cervantes, y oscurecer su mérito.

Sin embargo, la buena crítica no puede menos de confesar que así como el *Quijote* de Avellaneda es muy inferior al de Cervantes, no merece en realidad la calificacion de obra abominable. = Querer la posteridad vengar las ofensas hechas al autor de la *Galatea*, infamando con un apasionado juicio el libro de su ofensor, se asemeja á las hazañas de los antiguos paladines, andantes desfacedores de agravios, de tuertos y sinrazones, y una resurreccion de los tiempos de los Amadises y Esplandianes, tan donosamente ridiculizados por el regocijo de las musas Miguel de Cervantes Saavedra.

Y si la posteridad tratase de tomar satisfaccion de las ofensas de Cervantes creyendo que es un insulto á todas las generaciones el desprecio ó las censuras del *Quijote*, lance un furibundo anatema contra don Diego de Saavedra Fajardo porque habiendo en los abriles de su florida juventud visto la publicacion del *Ingenioso hidalgo*, en el otoño de su edad madura escribiendo la *República literaria*, colocó en ella los nombres de muchos de sus contemporáneos, tales, como Lope de Vega, Juan de Arjona, don Luis de Góngora, el conde de Villamediana y otros autores, calificando de libro de ningun valor y mérito al *Quijote*, en el hecho de entregar al desden de un injurioso olvido la persona de Cervantes.

Y aun Baltasar Gracian en la segunda parte del *Criticon* (Huesca — 1643) hablando de los autores que habian escrito contra los libros caballerescos no dudó en decir que los que tal hicieron solo *habian querido sacar del mundo una necedad con otra mayor*.

Pero el nombre de Cervantes está ya esculpido por la fama en el templo de la inmortalidad, á pesar de las iras, rencores, desprecios, injurias, burlas y olvidos de sus contemporáneos. Muchas veces la posteridad suele ser injusta con los varones insignes; mas en la calificacion del Quijote tuvo por guia á la razon y á la justicia.

El Santo Oficio de la Inquisicion, que tantas obras por ignorancia, por estupidez ó por la conveniencia de los perversos y de los tiranos de la tierra, convirtió en pedazos ó en cenizas, respetó del todo la obra admirable de Cervantes, contentándose tan solo con suprimir pocas palabras en uno de sus capítulos.

Si algo tienen los españoles y todo el mundo que agradecer al inicuo tribunal del Santo Oficio, es el hecho de no haber entregado á una injusta prohibicion el libro del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*.

Cádiz 15 de noviembre de 1850.

— Adolfo de Castro. —

UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN